

# Carlos Edmundo de Ory

## LAS ISLAS

SI hubiera columnas se apoyaría en ellas como en otras edades los pensativos. Pero no hay que contar con la antigüedad que ya no existe. Era una fuerte y siniestra personalidad. Parecía no querer dar nada de ella; no por avaricia, sino por pudor a su propia dádiva. Y no se quería tampoco a sí mismo con egoísmo enfermo. Iba a las cosas y al amor como un espantoso viento. Nadie estaba acostumbrado a tanta desgracia ni a tanta ilusión. Vivir embriagado de voluntad es un sueño.

Su presencia violentaba como cuando vemos de repente una araña atroz. Se erigía con la inmovilidad del cuerpo de un árbol con tendencia secreta a la acción, un compás de espera. No se sabe bien. Parecemos estar cansados de vivir. Podridos de tanta tragedia y tanto ocio. Yo he mirado mucho este perecimiento como se mira un animal o una joya.

No se puede vivir sin esto. Necesitamos vernos, tenemos que vernos, nos morimos sin vernos. Hace muchos años que todos perdimos el camino. Yo no puedo volver a encontrarlo. Nos escondemos continuamente por las sendas ilícitas. Me emborracho; nos marchamos con mujeres vanas y cada vez estoy más lejos de mí mismo. Ellos están muertos ya y sin ti no puedo ser. *Tu duca, tu signore e tu maestro*. Te ibas, te alejabas. ¿Dónde vamos con paso de duende? Difícil seguir a quien no llama a nadie. Ni dejaba trazas tu camino. Miento. Fácil es convertirse en una lacra lasciva.

Recuerdo tu condición, Caminabas a pasos lentos y seguros como el sueño de una idea fija. El que marcha así parece un ladrón. Bien calzado, vestido con exquisito gusto, duro de rostro, y las manos

naturalmente jamás enguantadas. Porque ese roba la carne cruda. Sus manos que tenían la única posesión importante. La complicidad tiene un interior solitario. Estábamos solos. La soledad un palacio de granito.

Soy un ladrón. Los criminales que yo no conocí, que tampoco se preocuparon de conocerme, tendrían la misma alma de diamante, el mismo delirio de traspasar tejiendo pesadillas como un poeta. No soy brillante y fino como la arena. ¿A dónde voy de noche y de día, sin horas, sin compromisos con el mundo? Gozando de mi destino como otros sufren. No voyas en busca de imposibles. El desamparo no es una fortaleza. Encontraba calor en los muros. Conocía los suelos, las paredes, las puertas, los trayectos anómalos, el aire repleto de inminencias. Pisa las sendas de andadura y se abre paso por atajos tupidos. Conocía el sitio. Sólo odiaba los cuartos cerrados donde se cumplen ceremonias de muerte y hay camas. No habéis de dormir. Quien conozca al hombre, a través del relato que yo hago, desconfiará de sus gestos. No somos gestos. Somos una vida monstruosa como un desierto. No hay leyes. No hay más que caprichos y la señal.

Los rumbos nos parecían barcos ciegos. Ninguna filosofía de ceguera o de tinieblas los guía: van hacia la fiesta de la costa. Otros adolescentes sienten pavor por la existencia. El suicida abrió las ventanas del suicidio y vio un erial carbonizado. Ciertamente, estaba consumido de desdicha. ¡Qué le importaba la desdicha! Se tomaba un té y oía música. Olvidaba las mujeres y su palidez de nervios. El mar no se define por lo que no es y es la partida lo que desespera. Desde su isla hay un paisaje que acaba.

Las olas eran puras porque la soledad no las envilece. Puras a pesar de todo. A pesar de su oculto parecido con el crimen, con la perversidad del movimiento. Porque nunca es impura la superior encarnación de lo primario. ¿Primitivo? No. Es el barco nómada de la existencia. El amigo que tenía fe en la intensidad inagotable de sí mismo. Esperaba en las islas.

Ante los ojos del amor seguimos siendo puros. Hemos causado estragos no sólo entre nosotros sino que hemos poseído las ideas. Dialogar con estatuas es fantástico. Es un acto anormal que no puede engendrar la criatura. Y si no da su fruto, ¿qué es el amor? La naturaleza lleva un hijo y se parece a su marido. No obstante, dejó desamparado en su naufragio al hombre que nació machacado por la tormenta. Lo marcó para siempre. Pero en el fondo de su corazón no se agota el hambre de castigarlo. Tiene hambre de él y ya no nos ve con mirada fraterna. Sabe que somos la sombra triste de la felicidad. Ha matado en nosotros la fiera en su conciencia adormilada en sueño, loca por agitar en sus entrañas el delirio del amor. La barca va cansada y honesta, que llena sus días en las ocupaciones del agua, cumple fielmente su juramento. Da su cariño y lo re-

cibe en el vaivén viviendo contenta. Mas es lo mismo que un monte que ha colgado sus pájaros. Hemos luchado hasta la desesperación por arrancar de nosotros mismos la imagen del pecado.

Hoy me parece esto una pesadilla. Desde que te conocí, años atrás, no he tenido más que malos sueños. Tú me habías picado. Dime, ¿fabricabas veneno? Me parecía increíble que en aquel colegio invernal, habitado por niños lóbregos, regido por levitas negras, un gran adolescente se atreviera a reír con la risa de la libertad.

El mundo no sabe nada de nosotros. Nos quemamos y gastamos escribiendo hundidos en la contemplación del rostro. Las estatuas igual que los muertos despiden quietud. Pero en un cuerpo enterrado hay una dosis desbordante de espacio. Los ángeles no tienen rostro. Ellos son puramente navegantes. Ningún viaje terrenal llega completamente allá. Y no hay luz en un rostro que recuerde el rigor del fantasma. Pero habías estado muy ardidado por la venusidad. Tu madre misma debió amarte superando lo instintivo. Yo creo que te entraba vergüenza de ti. Hay que esperar a estar sin vida para vernos desnudos. Vernos lo que somos cuando no respiramos ya.

La órbita es siempre estética. Hemos querido navegar como tú. Mejor es no hablarnos nunca. Siempre sentimos temor, terror más bien, cuando intentamos quemar la intimidad de otro. La intimidad de otro en que cada mueble es un arcano. De noche el mar es negro y no se puede pintar.

Ya estamos llenos. Pero esa misma plenitud constituye una enfermedad. Estábamos roídos por las propias fuerzas. Será duro y nervioso semejarse al poeta. Caminábamos hacia la destrucción con un cerebro matemático. En tu orilla estabas ordenando la aniquilación. No eras arena ni viento ni vanidad, sino nieve. Disponías de tu tiempo y extendías el veneno en las plantas como la verdad de tu vida en su última dominación. No se si me explico. Para ti no estaba la verdad. Me gustaría llamarte la Furia que supo domarse y domarte. Te he mirado mucho tiempo como el mar tranquilo. Sólo entonces comprendes que su facultad proviene de la moderación. Sinceridad, eres peligrosa. No te veo en la obligación de callar. El silencio hierve entre nuestros dedos. La risa contrasta con el aire en la severidad de la persona solitaria.

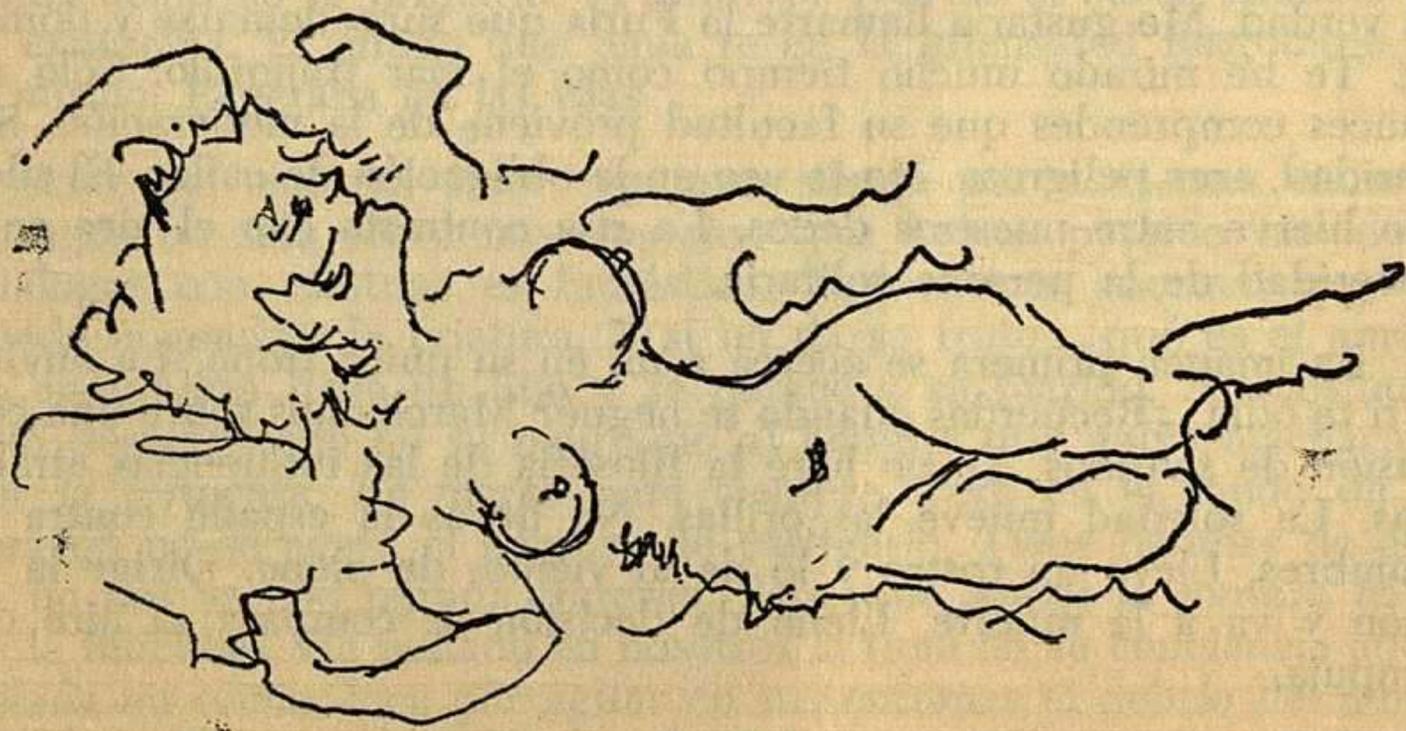
La imagen primera se acerca a mí en su único trono. La envidia a ti te odia. ¿Recuerdas cuando te negué? Marchamos sobre una confusión de sentidos. Yo no haré la filosofía de las influencias atractivas. La soledad mueve las orillas. No llevas la espada contra los hombres. Lleva un rostro y lo da al viento, de pleno. Dirige la acción y va a la muerte. Lleno de decisión se compara al aire que empuja.

Nadie cuenta con nosotros. Nadie puede llevar su independencia. Estábamos atados a los mástiles. En lo alto, delante del vacío, sin

potencia y sin hambre. Y aun atados vivíamos la libertad imaginaria. No hacíamos esfuerzos con el mismo apego por las cuerdas. Esclavitud. La cadena era amarra enorme, aire consumado. Respirando una atmósfera terrible. De los pájaros prohibidos respirando la angustia. Podíamos vivir en un estado superlativo de tormento. ¡Quién lo hubiera imaginado en tu bogar tranquilo! En el bosque, los vegetales miraban nuestra disciplina. La seriedad de los árboles era anquilosada: el viento de sus ramas deformaba sus facciones con muecas repugnantes. No querían ver el espectáculo de las ondas escondiendo la hipocresía. No nos daba miedo la distancia. Estábamos a la altura de todo. Aún siendo como éramos caminábamos entre los hombres con la cabeza más alta que ellos: de vuelta del mundo y de las cosas. Sólo que entre las nubes evocamos nuestro dominio. La tormenta que traía la fuerza y consagraba totalmente en la lucha. Así era el acto incautándose de nuestro infortunio y observando nuestros cuerpos maniatados.

La transmisión del saber era un pretexto para tender un puente de ternura insatisfecha entre la muerte y la vida. Este es el secreto de muchos hombres retorcidos. Hablando de ti conviene dar a la noción de secreto un giro distinto.

Escribo, pues, sobre esto. Compongo un libro. A mi espíritu le acosaron las grandes lecturas. Pero no voy a decir a nadie los libros que me enseñaron a pulir las frases.



*La maja de Ory*